

Y de nadie más. —J.

Si lo encuentras, no lo abras antes del trueno.

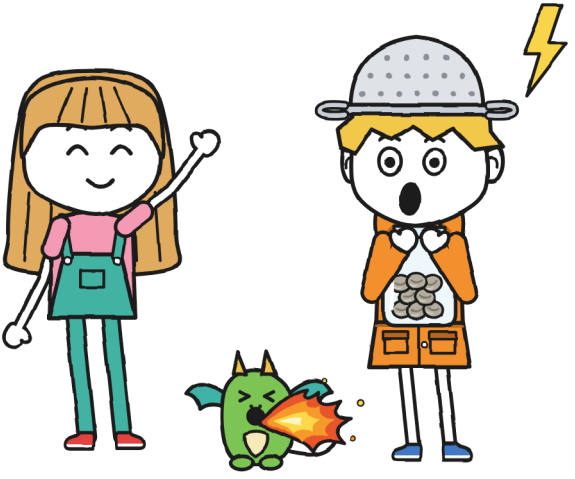


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: tú no lo hagas. Si dura varias páginas, pone DESDE AQUÍ y HASTA AQUÍ. Con tormenta de verdad, manda la última página. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Lui Eriksson



TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Segundo libro de la serie. El primero: «Este paquete muerde».

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

Primera edición: 2026

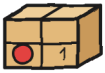
© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).

Trabaja cada capítulo en
linguaula.com

Ningún trueno resultó herido durante la escritura de este libro. —J.



CAPÍTULO 1

Cazador de tormentas

En la tienda de enfrente hay un paquete que tiembla.

El sábado pasado se movió una sola vez. Desde entonces no ha parado: un temblor fino y seguido, como el de un perro pequeño en la sala de espera del veterinario. Lleva así siete días. Cada día, un poco más.

Y yo tengo cuaderno nuevo.

El cuaderno 1 se me acabó. Mara, la dueña de Entregas Imposibles, me dio este: tapa azul y el sello rojo de la tienda en una esquina. En la primera página puse el título, con una palabra nueva:

CUADERNO DE REPARTO 2 · de Guni. OFICIAL.

«Oficial» significa que lo leo yo primero. Oficialmente. —].

Mara dice que los cuadernos oficiales no se pintan. Ya veremos: este ya lleva un dibujo.

Lo que hay que saber del otro cuaderno: hace dos sábados, Julita (la de las notas verdes) y yo entregamos, de noche, por una pasarela y sin ningún adulto, un huevo que nadie había podido entregar en años. Ahora es Miga, una cría de dragón que me copia todo. Mara, la bruja de la tienda, nos castigó: todos los sábados allí, a las diez. Yo soy el nuevo del barrio, y casi todo lo mío sigue en cajas.

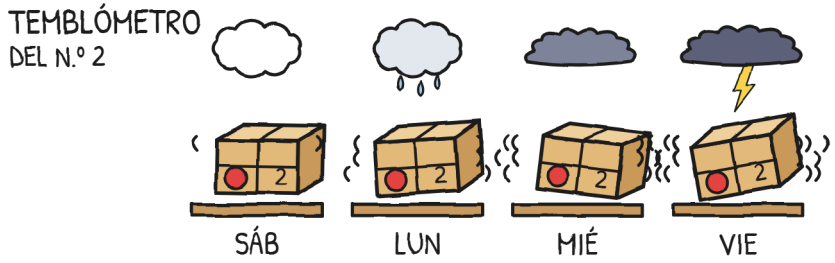
El que tiembla es el n.º 2. Está en la estantería de los devueltos y tiene una etiqueta que me sé de memoria: la he leído todas las tardes de esta semana, de pie y sin tocarla, mientras Mara hacía como que no me veía:

- N.º 2 · FRÁGIL.
- DESTINO: Flora, calle del Canal, 9.
- INSTRUCCIONES: NO ABRIR ANTES DEL TRUENO.
- REMITENTE: R.

Alrededor, veintitrés sellos de DEVUELTO. Los conté dos veces, por si alguno se hubiera caído.

Un devuelto es un paquete que nadie ha podido entregar: si quien lo recibe no lo firma con tinta que no se borra, al amanecer vuelve volando a su estantería, en fila, como los patos. Quedan diecinueve: lo pone en la pared, en verde, con letra de Julita, y lo que Julita escribe en verde no se borra. Los manda todos la misma persona, R., de quien solo se sabe que tiene muy mala letra.

Cada tarde apuntaba cuánto temblaba y qué tiempo hacía: así salió el TEMBLÓMETRO DEL N.º 2. El viernes, la nube llevaba un rayo dentro.



No tiembla de miedo: tiembla porque viene una tormenta. El sábado, a las seis de la tarde. Lo he mirado seis veces en el parte del tiempo. —J.

Leí la nota dos veces. La segunda, solo la parte de las seis.



El sábado, a las diez, Mara —sombrero morado, sello que suelta chispas con olor a vela apagada— nos esperaba detrás del mostrador con el n.º 2 en las manos. No en la estantería: en las manos. Junto al sello seguía la rana de goma, mía desde que dejó de ser de nadie. Y Toño, el repartidor de RAYO, estaba de pie, con el casco puesto: los sábados también son su castigo, y Toño cumple los castigos como reparte, puntual y sin quitarse nada.

—Veintitrés veces lo he llevado yo —dijo Mara—. Y ninguna con tormenta.

Mara repasó la etiqueta con el pulgar. Miré el escaparate, cada vez más gris: el viaje de hoy no iba a ser igual.

—Este —anunció Mara— lo vais a entregar vosotros. Esta tarde.

Julita dio un salto que casi tocó el cartel de QUEDAN 19, y al caer ya estaba hablando. Yo no salté: me quedé con dos palabras, «esta tarde», y con una hora, las seis, que me pesaban más que el paquete.



Mara puso tres condiciones, y las contó con los dedos:

1. Salís a las cinco, antes de que llegue la tormenta, y os quedáis en casa de Flora hasta que pase.
2. Vuestras familias ya lo saben, y Flora también.
3. La regla es la de la etiqueta: no se abre antes del trueno. Y tiene que ser el de encima: los de lejos no valen.

Reconocí el truco: eran casi las normas de la bronca de Vera, la dueña de Miga, pero dichas antes y no después. Mara no estuvo en la bronca y se enteró igual: en este barrio las broncas llegan antes que los paquetes.

—¿Y tú no vienes? —preguntó Julita.

—Yo tengo cosas que hacer aquí —contestó Mara, y miró por el escaparate el cielo, que se estaba poniendo gris.

Al final del mostrador había una manta doblada, unas orejeras de esquiar y un cazo. Lo vi todo. Me quedé mirando el paquete.

Entonces Julita me miró a mí.

—¿A ti te gustan las tormentas?

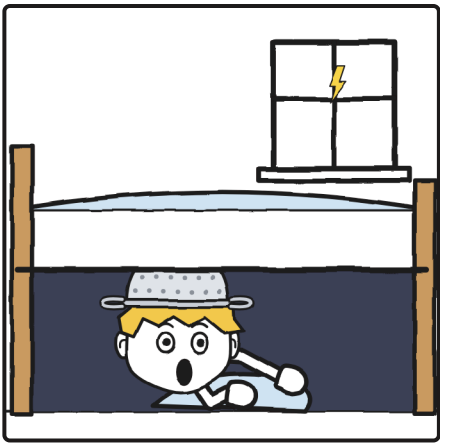
Lo preguntó mirándome de frente. Yo podría haber dicho la verdad. Dije esto:

—Me encantan. En mi antiguo barrio era cazador de tormentas profesional.

En el otro cuaderno, una mentira tardó un día y una noche en volver. En este decidí ahorrarle camino: dibujé la mentira esa misma mañana y, en la viñeta de al lado, la verdad.

El colador era el de la cocina, de acero, con dos asas. No paraba los rayos. A mí me ayudaba tener algo encima. Ahora estaba en alguna caja de la mudanza, junto a las tijeras que mi madre llevaba una semana buscando.





Julita me enseñó a contar una tormenta, en mi cuaderno, sin pedir permiso y en verde.

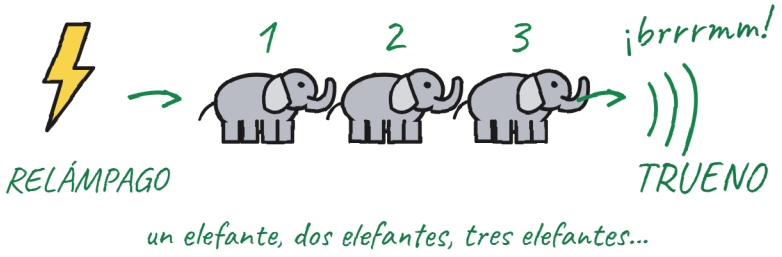
Se cuenta desde el relámpago hasta el trueno, en elefantes: «un elefante» dura un segundo, más o menos, y cada tres son un kilómetro. Así se sabe, más o menos, a qué distancia ha caído ese rayo; dónde caerá el siguiente, no. Lo que la cuenta tampoco dice es cuándo se puede salir, y eso, según Julita, es otra regla, sin dibujo: media hora después del último trueno.

Lo probé por lo bajo y me salieron elefantes rapidísimos, de los que no sirven. Yo no necesitaba contar nada, porque a mí me encantan las tormentas, pero lo apunté, por si acaso.

Toño leyó la etiqueta por encima de mi hombro, como lee todo lo que no es suyo.

—RAYO no reparte con tormenta —dijo, y nos enseñó la letra pequeña de su mochila amarilla: ENVÍOS RAYO · EN DIEZ

MINUTOS O GRATIS y, con la lupa de Julita, un asterisco: *Salvo tormenta.



—Todavía no hay tormenta —dijo Julita.

Toño repasó la letra pequeña por si decía algo de «todavía». No decía nada.

Así que Toño vino con nosotros. Cuenta los elefantes de un golpe, «¡unodostrés!», como si fueran un reparto. Según Toño, todas las tormentas están a un kilómetro. No sé si es valentía o falta de elefantes.

A las cinco crucé a mi casa a por el chubasquero; Julita me esperó en el portal. Mi madre me esperaba en la puerta del piso con el chubasquero colgando de la mano. Tiene una teoría sobre el naranja: que se ve de lejos. Nunca he sabido desde dónde piensa mirar.

—Ponte el naranja —dijo—. ¿Seguro que quieres ir? Si tú, cuando truena...

—¡ADIÓS, MAMÁ!

Bajé las escaleras de dos en dos. Había calculado que, con el eco del portal, media frase de mi madre se perdería por el camino. No se perdió. Julita estaba abajo.

«Si tú, cuando truena...» ¿QUÉ? —].

Cruzamos el Puente Mayor con el cielo cada vez más negro. De noche lo levantan para que pasen los barcos; de día lo cruza todo el mundo, y a esa hora solo lo cruzábamos nosotros y un señor con prisa en dirección contraria, que es la buena cuando viene tormenta. Yo llevaba el n.º 2 con las dos manos, muy recto. Toño empujaba la bici: es lo más despacio que he visto ir a RAYO sin estar perdido.

Al pasar por el medio, Julita le hizo al agua su saludo seco, con la mano, corto, sin sonreír, como a alguien que le cae mal. Lo hace desde la noche de la pasarela. Creo que es el trato: ella saluda y el agua la deja pasar.



Muy lejos, se encendió el cielo.

Fue un parpadeo detrás de las nubes, sin ruido, como cuando alguien enciende y apaga la luz de una habitación en la que no estás. Julita se paró en seco y contó elefantes en voz baja, con los ojos cerrados. Contó treinta antes de oír nada. Yo conté con ella, por dentro, con mis elefantes rapidísimos, y me salieron cuarenta y dos.

Brrrmm.

—Unos diez kilómetros hasta ese rayo —calculó—. El parte anuncia la tormenta para las seis.

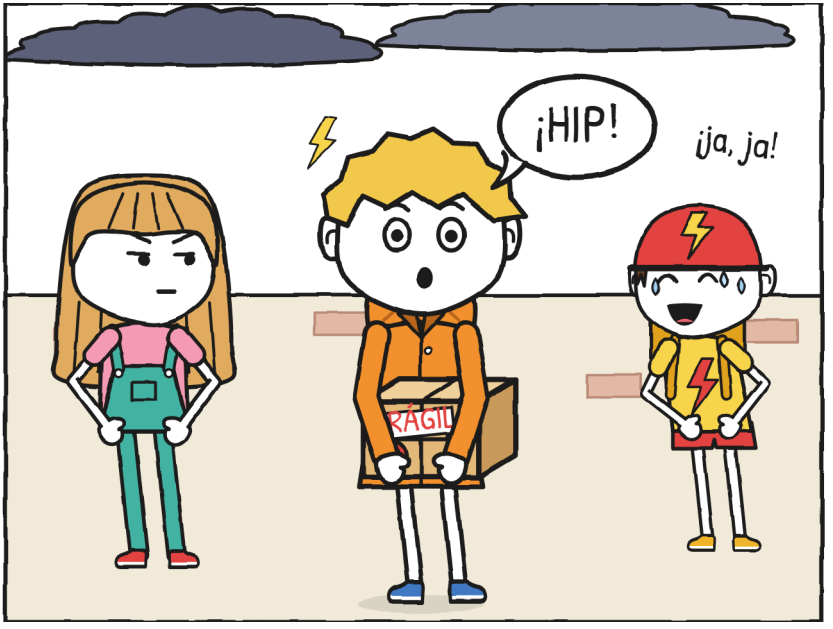
—¡Ha tronado! —exclamó Toño—. ¿Ya se puede abrir?

—Para abrir el paquete, ese no cuenta —dijo Julita, sin abrir los ojos—. Está a diez kilómetros; el de la etiqueta es el de encima: cero elefantes. Pero ya se oye: ¡a cubierto! ¡Corred!

Corrí hasta la calle del Canal, haciendo como que no había oído nada. Ni el brrrmm ni lo de las seis.

—¿Eso ha sido un hip? —preguntó Julita, sin aflojar el paso.

—No —dije—. ¡Hip!



Toño se dobló sobre el manillar y se rio tanto que la bici se le fue hacia un lado. Julita no se rio. Entornó los ojos, como cuando lee algo que no está escrito.

Un trueno, un hip: me pasa desde pequeño. Si la tormenta está lejos, se queda en uno; si está encima, viene otro, y otro, cada tres segundos, hasta que se va. No es miedo. Es una cosa que hace mi cuerpo sin consultarme, como crecer o estornudar, y, como crecer, no se para poniendo cara de nada. Lo sé porque lo he intentado con todas las caras.

Se llama miedo. —J.

En la calle del Canal, Vera, la del pelo rojo, ya nos esperaba en la puerta de la Casa de los Dragones, pegada a la de Flora, con Miga en brazos. Miga, en cuanto me vio, puso mi cara: lo hace siempre, me mira un segundo, comprueba qué cara llevo y se la pone.

Dejé el n.º 2 en la cesta de la bici de Toño y abrí los brazos.

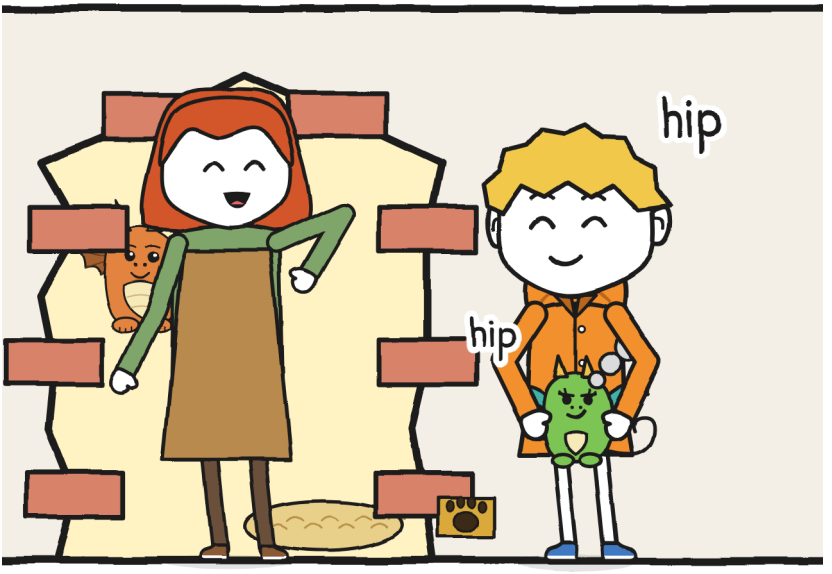
—Es su primera tormenta —dijo Vera, y me la dejó en ellos—. Te copia todo, Guni. También lo que sientes. Y si se asusta, no tires de ella: se agarra. Cuando pase, tres golpes en la tapia del patio de Flora y voy a por ella.

—Yo no siento nada —respondí—. A mí me encantan las tormentas.

Lo dije sacando pecho, y Miga, en mis brazos, sacó pecho igual, con el cuello estirado: la viva imagen de alguien a quien le encantan las tormentas, en dos tamaños. Vera nos miró a los dos, uno encima del otro con la misma cara, y no dijo nada. Vera se guarda las cosas para cuando hacen falta.

Lejos, tronó. Yo hice hip. Miga hizo hip, y le salió humo por la nariz.

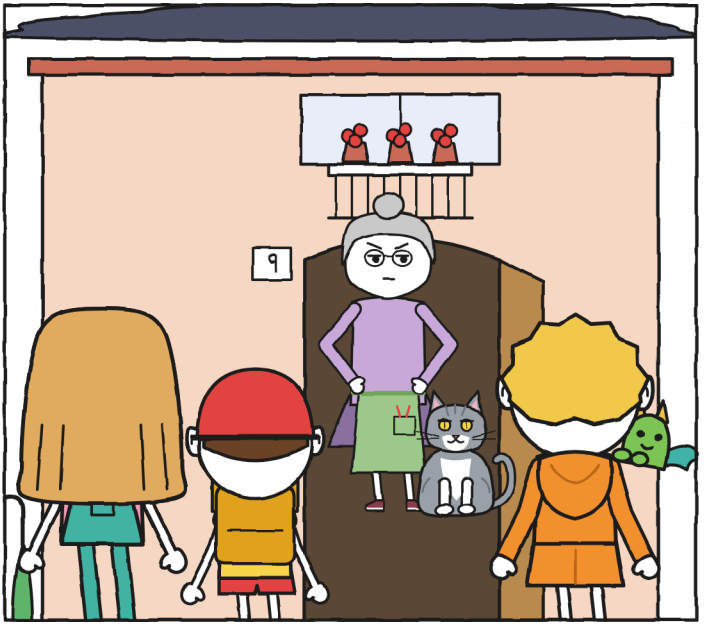
—Adentro, ya —cortó Vera, y nos empujó hacia la puerta de Flora.



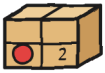
La casa de Flora es la de los geranios, los del balcón desde el que una señora nos miró hace dos sábados, con la regadera en el aire.

Abrió la puerta antes de que llamáramos: una señora de moño gris y gafas, con un delantal verde de jardinera lleno de bolsillos y, entre los pies, un gato gris con el pecho blanco que nos miró como a un paquete que no era para él. Ella miró la caja. Miró el

cielo. Miró a Miga. En ese orden, y a cada cosa le dedicó el mismo tiempo, que fue poco.



—La cría de Vera. Que no me chamusque los helechos —dijo—. Pasad, que viene agua. Pero os aviso: yo no firmo piedras.



CAPÍTULO 2

¡Trueno!

La cocina de Flora está llena de plantas: en la mesa, en el suelo, colgadas del techo. Entre todas dejan unos pasillos por los que hay que saber andar. Los helechos, los que Miga no debía chamuscar, estaban justo a la altura de su nariz.

Al fondo, una puerta de cristal da a un invernadero; la de atrás, de madera, con un cristal arriba y una gatera abajo, da al patio. Por el cristal se veía empezar la lluvia sobre las losas. Olía a tierra mojada, un olor que yo conocía de los parques y no de las cocinas.

En el cristal del invernadero había unas gotas pintadas. Una empezó a subir. Otra la adelantó.

—Cristales encantados de R. —dijo Flora—. Dejan pasar la lluvia cuando yo quiero. Los rayos, nunca. El ruido pasa siempre, qué se le va a hacer.

Me lo guardé para la ficha de R.: sabía hacer cristales encantados, y llevaba veintitrés intentos sin conseguir entregar un frasco.

En la nevera, un imán sujetaba una foto. Y de un clavo, junto al fregadero, entre una sartén y un manojo de hierbas secas, colgaba un colador de acero con dos asas. Lo vi al entrar, antes que las plantas: uno ve enseguida lo que lleva una semana buscando en las cajas equivocadas.

Toño metió la bici en el pasillo, por la lluvia, y se quedó junto a ella, en la puerta de la cocina, con medio cuerpo dentro: así entra Toño en los sitios que no son suyos. El gato pasó entre sus piernas, y Toño se apartó más de lo que hacía falta para dejarlo pasar. Pensé que no quería que le rozaran la bici.

Flora puso la caja en la mesa, apartó dos macetas con el codo y la abrió sin preguntar. Sin preguntar y sin leer la etiqueta: sabía por dónde cede el cartón de una caja que ha abierto muchas veces. Dentro, entre paja, había un frasco de cristal con tapón de corcho, y en el frasco, ocho bolitas grises.

—¡Pone que no se abre antes del trueno! —gritó Julita.

Julita señaló la etiqueta con el dedo. La tercera condición de Mara había durado lo que tarda una señora en levantar una solapa.

—Hoy he abierto la caja, no el frasco —dijo Flora—. Lo que hay dentro ya lo sé: R. me prometió farolillos, y me manda piedras.

Sonó a queja antigua, de esas que ya no se dicen para que alguien las oiga, sino porque toca. Miré el frasco. Las bolitas eran grises, lisas, como nueces pequeñas, y estaban quietas como solo están quietas las piedras. Yo no habría sabido decir que no lo

fueran. En el cuaderno, al lado del frasco, puse una flecha: «¿piedras?». Alguien añadió otra, en verde: «¿farolillos?».

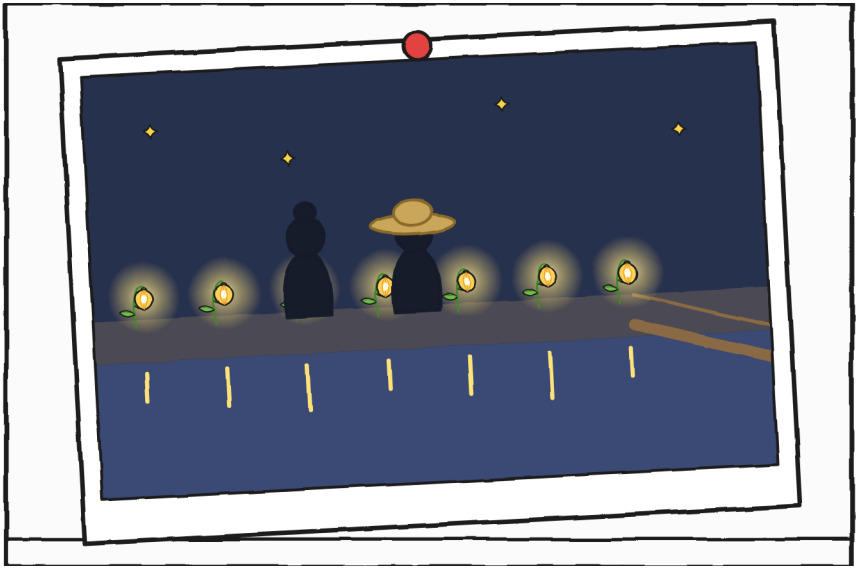
—¿Qué es un farolillo? —pregunté.

Los que yo conocía eran de papel, de colores, y se colgaban de una cuerda entre dos balcones para las fiestas; duraban hasta la primera lluvia. Pero tampoco me parecía que nadie mandara piedras con sello.

—En RAYO las piedras se cobran por kilo —dijo Toño desde la puerta.

Nadie le hizo caso. Él tampoco se lo hizo.

Flora fue a la nevera, despegó la foto del imán y la puso en la mesa, delante de nosotros, al lado del frasco.



Era una foto vieja: el paseo del canal, de noche, con una fila de lucecitas bajas y redondas en la orilla, una detrás de otra, hasta donde empieza la pasarela. No eran farolas: salían del suelo, como si alguien hubiera sembrado bombillas. En primer plano, de espaldas, dos personas plantaban algo: una llevaba moño; a su lado, un sombrero de paja tan grande que no dejaba ver a quien iba debajo. No pregunté por el sombrero. Flora no dijo nada del sombrero. Entre los dos silencios cabía una persona entera.

—Plantas que guardan la luz de los relámpagos y alumbran toda la noche —dijo Flora—. Las semillas las traía R., ya despiertas, en noches de tormenta; yo ponía la tierra. Nunca vi una dormida. Los farolillos se fueron apagando, uno a uno, y R. no volvió a venir: ahora manda este frasco.

Flora volvió a pegar la foto en la nevera. Quedó torcida. La enderezó con un dedo y se quedó allí un momento más.

Por eso el canal estaba tan oscuro. A la pasarela se le habían apagado las luces y nadie había vuelto a encenderlas. Por eso da tanto miedo.

Daba. A mí, mucho: la crucé a oscuras. —J.

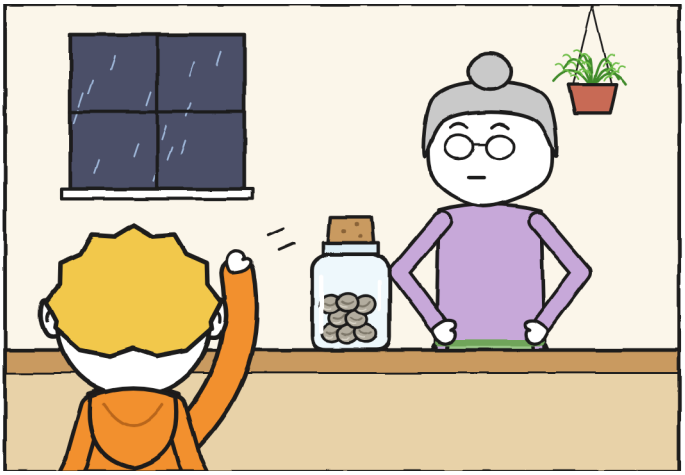
Julita escribió esa nota sin apartar la vista de la foto de la nevera. La pasarela es la tabla sobre el canal que cruzamos hace dos sábados, ella de espaldas y yo diciéndole dónde pisar.

—R. siempre cumple —dijo Flora—. Tarde, pero cumple. Esta vez se ha equivocado.

Apunté las dos frases en una ficha aparte, la de las listas que crecen: LO QUE SABEMOS DE R., con un retrato que es una interrogación. Tenía dos líneas, las dos del cuaderno 1: la mala letra, según Mara, y la cara de Vera al leer su inicial. Con la de los cristales, esa tarde ganó tres más, y el retrato siguió igual.

—¿Y alguna vez lo ha abierto después de un trueno? —pregunté.

Flora me miró por encima de las gafas. Bajé la mano, que no sé por qué había levantado para preguntar.



—Yo no espero a nadie —dijo—. Ni a un trueno.

Julita asintió sin darse cuenta. Me fijé, y me callé.

El gato de Flora se llama Trueno. Lo pone en su cuenco azul, con letras blancas, al lado de la gatera, y lo copié en el cuaderno, con

un dibujo del cuenco y con mayúsculas, porque luego importa: TRUENO. Apunto los nombres de todo lo que podría darme un susto; lo aprendí con un paquete que resultó tener dientes. Es gris como una nube de lluvia, con el pecho blanco y los ojos amarillos, y cuando se tumba junto a la nevera ronronea tan bajo y tan seguido que parece un trueno de los lejanos, de los que todavía no dan hip.

Mientras esperábamos la tormenta, en la cocina pasó de todo y no pasó nada.

Julita tamborileaba en la mesa con los dedos, tac, tac, tac, al lado del frasco, con el ritmo de alguien que ha mirado seis veces el parte del tiempo y ahora solo quiere que empiece. Flora abrió una lata de galletas y la dejó en medio sin decir «servíos»; se entendía. Toño, que no se había quitado el casco ni para eso, estaba mordiendo una cuando tronó, lejos, un brrrmm que casi no lo era. Hice hip. Miga hizo hip, y le salió una llamita corta que le pasó a Toño por delante de la galleta y se la dejó dorada. Toño la miró, la olió y se la comió igual.

Flora, sin decir nada, acercó un cubo de agua que tenía preparado y lo dejó en el suelo al lado de Miga. Y Trueno, que hasta entonces había hecho como que no existíamos, vio a Miga, se le erizó el lomo entero y se le plantó delante con la cola gorda. Miga se escondió detrás de mis pies. Yo, sin darme cuenta, me escondí detrás de Julita. Quedamos en fila: un gato, una cría, un chico y una niña con los dedos en la mesa, que no se movió.

Lo peor de un trueno es esperarlo. —].

La tormenta se acercaba. Se notaba en la ventana, que iba tomando el color de una pizarra, y se notaba en el frasco: las bolitas, que hasta entonces habían estado quietas como piedras, empezaron a tintinear contra el cristal, un tin fino que primero pensé que era la lluvia y luego ya no. Cada vez más fuerte. Como si dentro del frasco también estuvieran contando. Las piedras no cuentan. Lo pensé y no lo dije: Flora ya me había mirado una vez por encima de las gafas.

Julita contaba en voz baja, con cada relámpago: «Doce elefantes». «Nueve». Los números bajaban. Y, cada vez que bajaban, se le movía más el pie debajo de la mesa, dando golpecitos en el suelo al ritmo de nada. Yo lo veía desde donde estaba. Le dije que iba a hacer un agujero en el suelo; contestó que estaba contando. A Julita no hay quien le diga que tiene un pie.

Entonces Miga hizo otra llamita, pequeña, sin hip, de puro nervio, y Trueno, que estaba a un palmo, salió disparado por la gatera, al patio, a la lluvia, con un ruido de tapa: clac. Flora abrió la puerta de atrás de un tirón y lo llamó a gritos desde el umbral, con toda la voz que tiene, que es mucha:

—¡TRUENOOO!

Si alguien me pregunta, la mano de Julita ya estaba en el tapón antes del grito. Nadie me ha preguntado.



Y Julita abrió el frasco.

¡PLOP!

Fue un sonido pequeño y redondo, de corcho, que se oyó perfectamente porque en la cocina, durante medio segundo, no se oyó nada más. Julita levantó el tapón con la cara de haber cumplido una regla al pie de la letra.

—¡Ha tronado! —dijo.

No había tronado. Había gritado Flora. Trueno es el gato.

Hice hip, por cierto. No porque hubiera tronado: porque alguien había gritado «trueno» a dos metros de mí, y mi cuerpo no distingue. Miga hizo hip con llamita, y Toño se tapó los oídos con las dos manos, tarde.

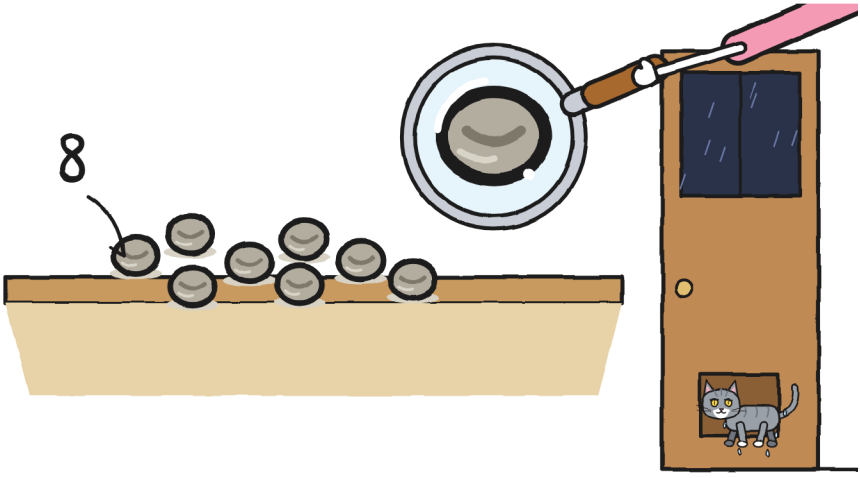
Lo del gato lo había copiado yo un rato antes, junto al dibujo del cuenco, con sus letras blancas, para que quedara claro.

Esa página la leí después. —].

Dentro del frasco solo había ocho bolitas grises, frías y quietas. Nada se encendió, nada saltó, nada hizo tin. Julita, que no es de las que se rinden a la primera, las echó en la mesa con cuidado y sacó la lupa del bolsillo del peto. Yo las conté con el dedo: ocho. Es lo que hago cuando no sé qué hacer. Contar.

—Tienen una rayita —dijo—. Como un ojo cerrado.

Miré por la lupa, de prestado. Cada bolita tenía una raya finísima y curvada. Parecía un párpado.



Trueno volvió solo por la gatera, empapado, con el pelo pegado y la mitad de tamaño, y se sacudió justo encima del cubo de Miga,

que ya estaba lleno. Flora cerró la puerta de atrás, se secó las manos en el delantal y miró la mesa.

—Son piedras —dijo—. Y alguien ha abierto el frasco antes del trueno.

No miró a Julita al decirlo. No hacía falta. Julita se puso del color de su camiseta, rosa, y guardó la lupa en el bolsillo muy despacio, como si guardar despacio fuera una manera de no haber abierto nada.

Yo no sé mucho de plantas. Tuve una lenteja en un algodón y no sobrevivió a la mudanza. Pero Flora había dicho «nunca vi una dormida», y yo no podía dejar de pensar en aquellas rayitas cerradas.

—Están dormidas —dije yo—. No son piedras: son semillas. Por eso pone «no abrir antes del trueno». A lo mejor un trueno las despierta. Uno gordo, de los que hacen temblar los cristales.

Una semilla dormida es una piedra con planes.

Flora se sentó, por primera vez desde que habíamos llegado. Miró las bolitas. Luego dijo:

—Si son semillas, que lo demuestren.

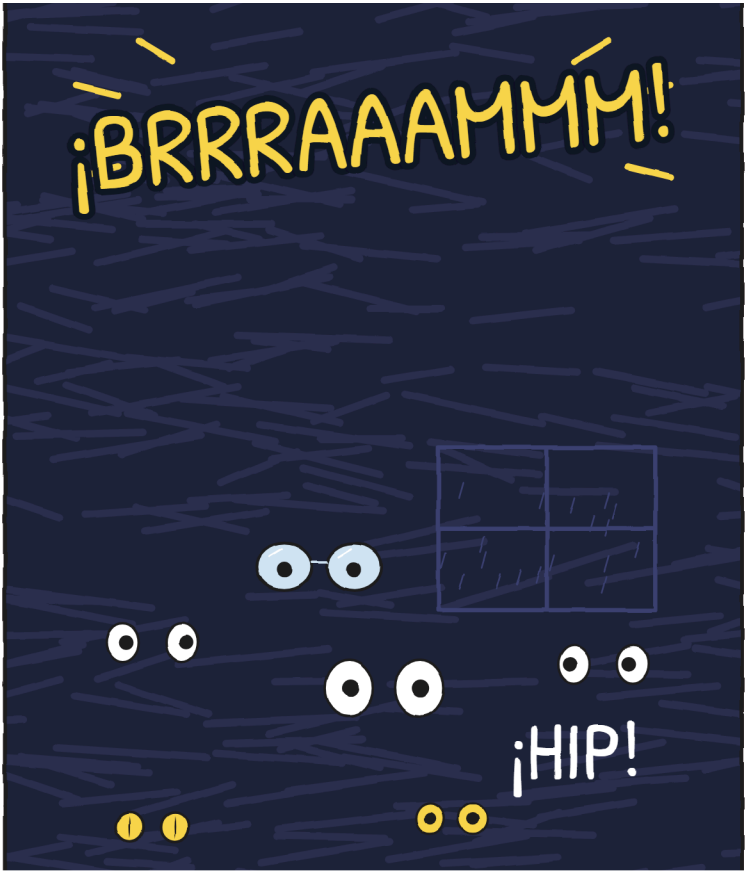
Fuera ya era casi de noche. Eran las seis. La hora que Julita había mirado seis veces.

El relámpago lo puso todo blanco.

No hubo aviso. Un momento antes la cocina era una cocina, con sus plantas y su nevera y su gato mojado, y al momento

siguiente era un dibujo en blanco y negro de una cocina: cada hoja recortada, cada uno de nosotros con la sombra pegada a la pared, la ventana convertida en una hoja de luz. Julita abrió la boca para contar y solo le dio tiempo a decir «un elefan...».

Y entonces llegó el de verdad.



El trueno llegó a la vez que el relámpago: la tormenta estaba encima. No fue un ruido; fue un empujón. Temblaron la mesa, los

vasos y los cristales, y me tembló algo por dentro que no sale en el esquema de los elefantes. Cero elefantes. Encima.

Y se fue la luz.

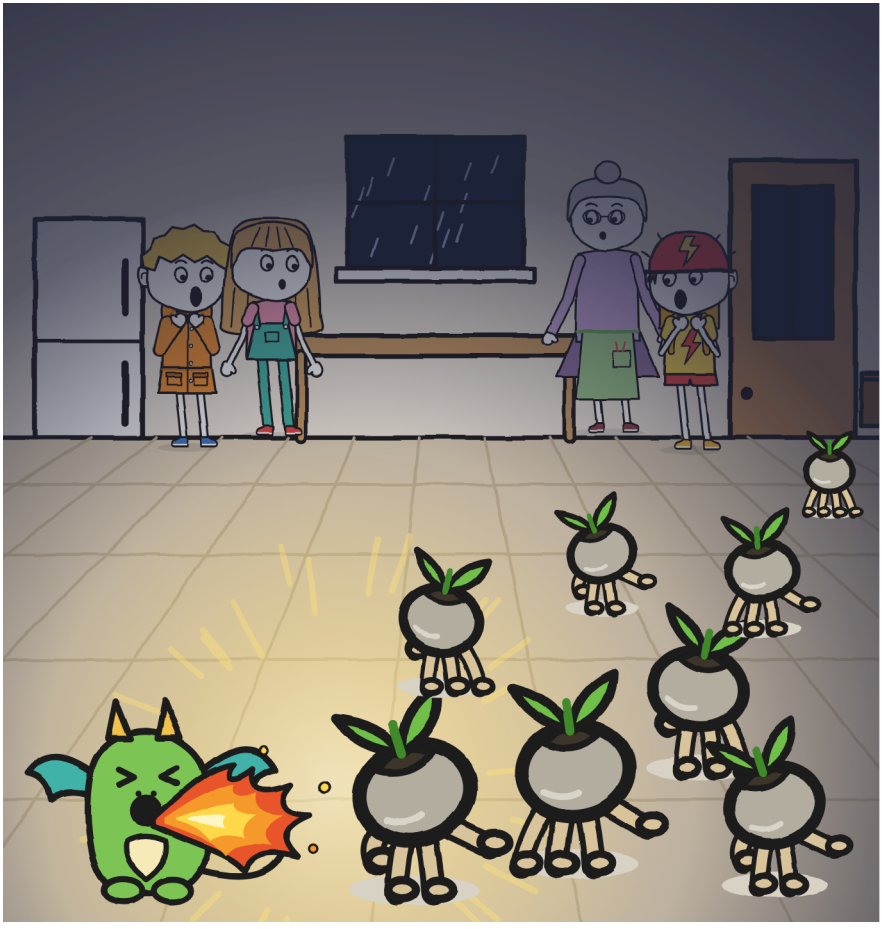
Se fue del todo, con ese chasquido de la nevera que deja de zumbar, y la cocina se quedó negra como el fondo de una caja cerrada. Lo único que había eran ojos: los míos, que notaba abiertos de más, los de los demás y dos amarillos pegados a mis botas. Nadie dijo nada. Se oía la lluvia en los cristales y, muy abajo, una respiración pequeña y rápida que iba al ritmo de la mía.

Hice hip.

Miga hizo hip, y le salió una llamarada.

Durante un segundo se vio toda la cocina.

La mesa estaba vacía.



Las piedras tenían patas.



CAPÍTULO 3

Se mueven si no miras

A oscuras se oía una lluvia pequeñita: tic, tic, tic. La de fuera caía. Esta corría por el suelo.

Relámpago.

Las semillas estaban más lejos. Quietas, con sus cuatro patitas y sus dos hojas. Una había dejado una pata en el aire. Ponía la misma cara que yo cuando mamá pregunta quién ha tocado algo.

Otra vez a oscuras: tic, tic, tic.

Hice hip. Miga hizo hip. Su llamarada pilló a tres semillas a medio paso. Las otras siguieron corriendo.

Es el escondite inglés. Con semillas. —J.



Flora encendió la linterna. Apuntó a una semilla y la dejó clavada. Apuntó a otra. La primera se escapó.

—¡Son semillas! ¡Están despiertas!

Se le había olvidado poner voz de enfadada.

—Eso dije yo —murmuré.

—Pues ayúdame a que no se vayan.

Julita se agachó. Tenía todavía el tapón en una mano. Se lo guardó en el peto y abrió la otra delante de una semilla.

Falló por un dedo.

Con el siguiente relámpago vimos adónde iban: todas a la gatera.

Flora arrastró una maceta enorme y les tapó el paso.

—Buscan tierra mojada de tormenta. Aquí solo hay tierra de grifo. Fuera casi no hay tierra: hay losas, un caminito y el canal. Si salen, la lluvia se las lleva al agua.

Miré por el cristal. Una semilla con cuatro patas de hilo duraría allí fuera lo que un papel en un charco.

La gatera quedó tapada. Pero ahora estaban por toda la cocina, a oscuras, y en una cocina hay cien sitios donde esconderse: debajo de la nevera, detrás del cubo, entre las macetas, dentro de la regadera y debajo de la mesa, que era donde estaba yo, con el colador de Flora puesto. En mi casa,

cuando truena, me pongo uno; este colgaba de un clavo junto al fregadero, y mis manos lo habían descolgado solas.

Lo intentamos todo:

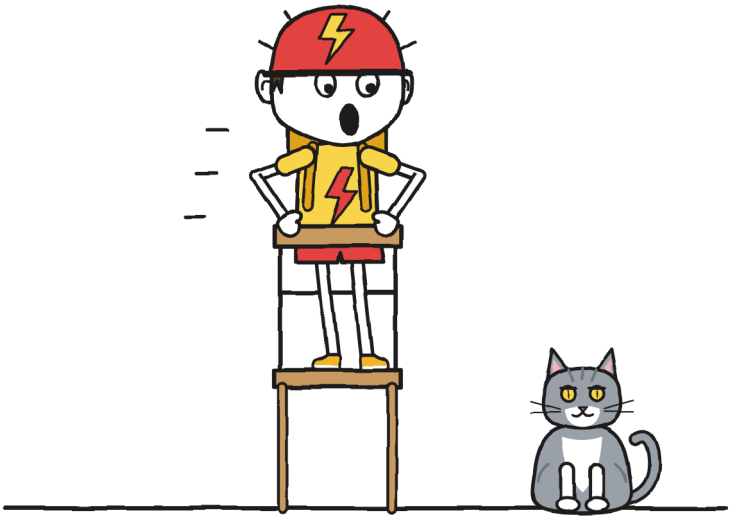
1. Julita lanzó un paño sobre una semilla, se tiró encima, levantó el paño y debajo había... Trueno. ¡MRRRAU! Salió del paño como salen los gatos de todas partes: ofendidísimo, y con razón.
2. Toño persiguió una a gatas por debajo de las sillas, y Trueno, que no sabe lo que es un repartidor, se le subió a la espalda y se quedó allí, encantado con el viaje. ¡QUITA!
3. Yo, debajo de la mesa, hice hip. Miga hizo hip, y su llamarada dejó quieta una semilla a dos palmos de la mano de Julita, que la atrapó. «¡Una!».
4. Flora clavó la linterna en otra y la recogió con la calma con que se recoge una ciruela del suelo. «¡Dos!».

Trueno también las perseguía. Él ve casi a oscuras. Nosotros, no. Mientras los demás tropezábamos con las sillas y nos pedíamos perdón a tientas, Trueno pasaba por en medio sin tocar nada, y se le notaba que jugaba en otra liga.

Toño no tiene miedo a las tormentas. Toño tiene miedo a los gatos.

Lo descubrimos cuando Trueno se le bajó de la espalda y Toño, en vez de respirar aliviado, se subió a una silla y se quedó allí de pie, tieso, con el casco puesto y los pies lo más lejos del suelo que

le permitían las piernas. Trueno se sentó debajo, tan tranquilo, y se puso a mirarlo como a un escaparate.



—¡Que no es un gato! —le dijo Julita—. ¡Es Trueno!

—¡PEOR!

Lo escribo sin reírme, porque no tengo derecho. Toño tenía su miedo subido a una silla, donde lo veía todo el mundo. El mío estaba debajo de una mesa, con un colador.

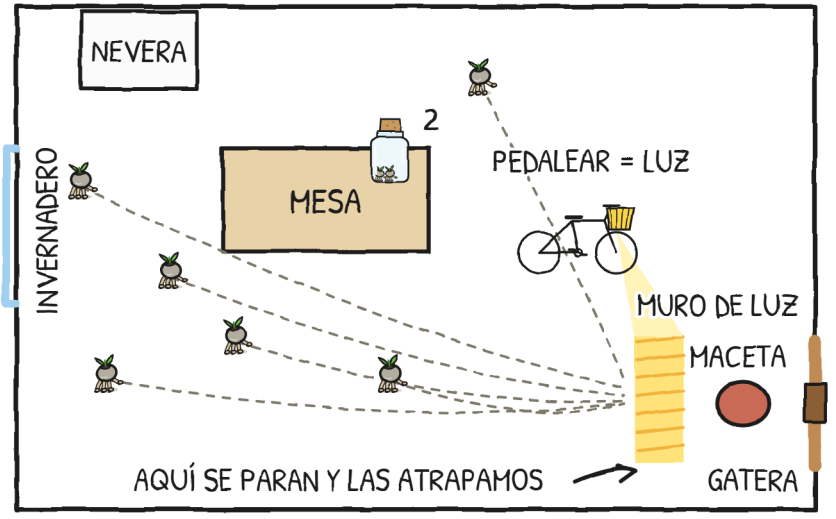
Profesional de debajo de la mesa. —J.

Desde allí abajo, con cada relámpago, veía todo el suelo. Las semillas daban vueltas entre las sillas, pero siempre regresaban

a empujar la maceta de la gatera. No empujaban mucho. Empujaban siempre.

Así que hice un plano.

Lo dibujé a relámpagos, una raya por relámpago, con el cuaderno apoyado en la rodilla: la única manera que conozco de pensar deprisa. Un plano así tiene las líneas torcidas, pero las flechas van todas al mismo sitio, y eso era lo importante. Delante de la gatera puse un MURO DE LUZ y, al lado, una bici: PEDALEAR = LUZ.



—Toño, ¿tu faro se enciende al pedalear?

—Claro.

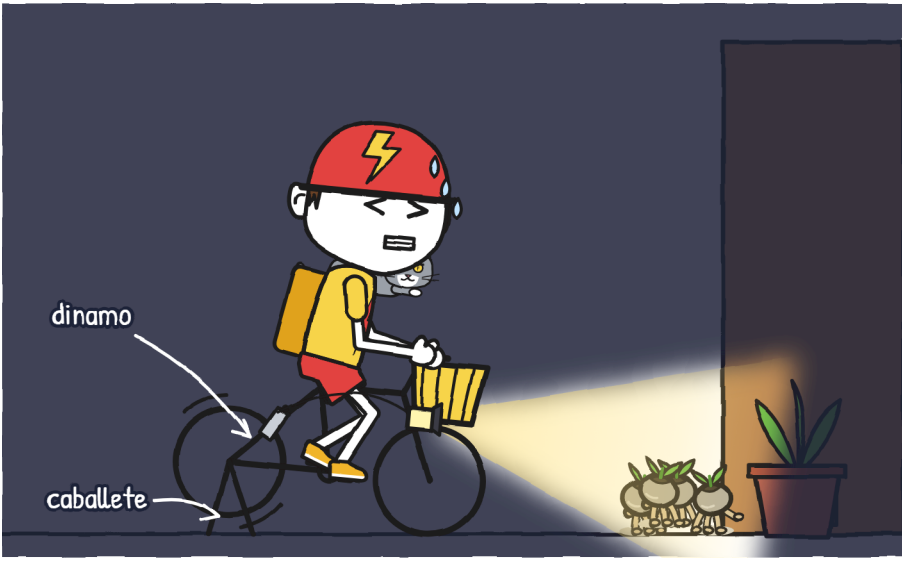
—Pues hoy vas a repartir luz.

Flora alumbró el plano. Julita se asomó por debajo del mantel. Toño bajó de la silla: por su bici se baja de cualquier sitio.

Pusimos la bici en su caballete, con el faro apuntando a la gatera. La dinamo de RAYO va pegada a la rueda de atrás: si gira, hay luz. Y Toño pedaleó.

Pedaleó como no había pedaleado nunca. Sobre todo cuando Trueno se le subió encima.

Hay que verlo para entenderlo, y por eso lo dibujé.



Una bici que no iba a ninguna parte, pedaleada por alguien que habría querido estar muy lejos. La luz salió del faro, primero amarilla y temblona y luego blanca y recta, y se plantó delante de

la gatera como una pared. Era mi MURO DE LUZ, en la realidad, con gotas de sudor.

Las semillas llegaban a la luz y se quedaban quietas, y nosotros las íbamos atrapando una a una y metiéndolas en el frasco. Tres. Cuatro.

Salí de debajo de la mesa y me puse a gatas junto a Julita, en el borde de la luz. Las semillas pisaban la raya y se paraban. Pesaban poco más que una canica. Había que cerrar los dedos deprisa: en cuanto les llegaba la sombra, volvían a intentarlo.

Trueno atrapó otra con la boca, y Flora se la quitó con dos dedos.

—¡Cinco! —dijo.

Seis.

Julita sacó el tapón del peto y Flora tapó el frasco, con el corcho bien apretado para que las seis no se lo pensaran. Luego se agachó a ayudarnos. Entonces Trueno saltó a la mesa y lo tiró.

Lo vi caer con el rabillo del ojo, muy despacio: el frasco, con su tapón de corcho, dando una vuelta entera en el aire. Y vi a Toño soltar los pedales, salir de la bici estirado como un portero y cerrar las dos manos a un palmo del suelo. ¡ZAS!

—RAYO —dijo, tumbado en las baldosas, con el frasco en alto—. En un segundo o gratis.



Fue la entrega más rápida que he visto en mi vida. Lo reconozco aquí, en el cuaderno, porque en voz alta no me salió: lo que me salió fue un hip.

Pero había dejado de pedalear, y la luz se apagó. Y a Trueno no hay quien lo pare: salió disparado hacia la gatera.

A oscuras: tic, tic, tic. Después, croc: la maceta, apartada por un gato que quería salir y salió. Clac: la gatera. Y detrás, muy rápido, otro tic, tic, tic, que no era Trueno.

Cuando volvió a relampaguear, en el suelo quedaba una sola semilla, y Julita la atrapó. Flora destapó el frasco lo justo para que entrara y volvió a apretar el corcho. Siete.

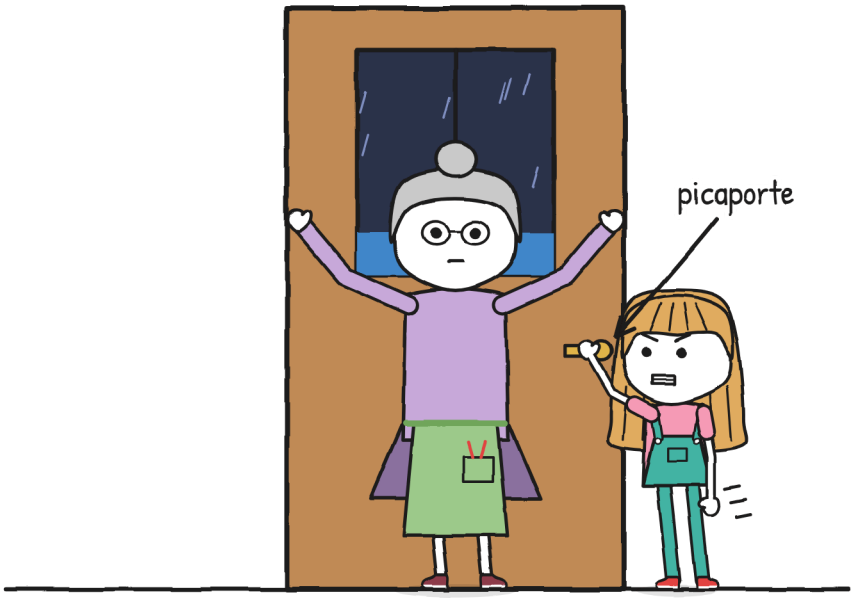


Con ese mismo relámpago vi, a través del cristal de la puerta, el patio de losas brillando bajo la lluvia, el caminito y, en mitad del caminito, una semilla pequeñísima, parada a medio paso, con las hojitas dobladas por el agua. Luego se hizo de noche otra vez. Y con el relámpago siguiente, en el caminito no había nada.

La octava se había ido por la gatera.

—¡Voy a por ella! —dijo Julita, con la mano ya en el picaporte.

—Con rayos, de esta casa no sale nadie —zanjó Flora. No estaba para discusiones.



Flora se plantó delante de la puerta, de espaldas al cristal, con los brazos abiertos. Julita miró por encima de su hombro: el caminito, el canal, la lluvia. Apretó la mandíbula.

Julita no discutió. Pero tampoco soltó el picaporte.

Al rato, la gatera hizo clac. Era Trueno, empapado por segunda vez, con el pelo pegado y cara de no haber movido una maceta en su vida. Venía solo. Sin la octava. Flora le arrimó otra vez la maceta a la gatera con el pie, por si acaso, y él se fue a sentar debajo de la mesa, como si la tormenta fuera cosa nuestra.

Nadie dijo nada durante un rato; solo yo, y lo que yo decía era hip. Fuera, el cielo se encendió otra vez.

—Relámpago... un elefante, dos elefantes.

Brrrmm.

—Dos —contó Julita—. Sigue muy cerca.

Lo dijo con la mano en el picaporte, mirando la puerta, no a nosotros. Dos elefantes son menos de un kilómetro. Hasta hacía una hora, para mí eso habría sido la peor noticia de la noche; ahora era la segunda.

—Pues ahora, a plantarlas —dijo Flora—. Antes de que se vaya la tormenta. Y a oscuras.

—¿Con rayos? —preguntó Julita, sin soltar el picaporte.

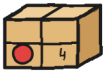
Flora señaló las gotas que subían por el cristal del invernadero.

—El encantamiento sigue puesto. Los rayos se quedan fuera. Nosotros, dentro.

Miramos el frasco. Dentro había siete semillas, algunas con las patitas pegadas al cristal, como si lo estuvieran midiendo, y en el cristal temblaba el reflejo de cada relámpago. Siete de ocho. Yo, que cuento las cosas, me quedé con el número: no es ocho, pero tampoco es cero, y aquella noche me pareció que con siete se podía empezar.

—A oscuras —repitió Flora, mirando a Miga.

Y Miga, mirándome a mí, hizo hip.



CAPÍTULO 4

Hip

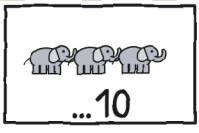
Flora nos explicó cómo se planta un farolillo, tal como se lo había enseñado R., y yo lo apunté con el rotulador bien apretado: cuatro pasos, y el que más importaba era el último, el del plazo.

CÓMO SE PLANTA UN FAROLILLO

1. 
Tierra mojada de tormenta.
(La del grifo no vale.)

2. 
Abrir el frasco sobre la tierra.
(Si lo abres antes, se escapan.)

3. 
Todo a oscuras: ellas solas
se meten en la tierra.
(Si las entierras tú, no brotan.)

4. 

Antes de que se vaya la tormenta:
con más de diez elefantes,
ya no se plantan hasta la próxima.

Hasta diez elefantes, despiertas. A partir de once, a dormir. —J.

Dos plazos, entonces: diez elefantes para las semillas; media hora después del último trueno para nosotros.

Flora alumbró el cuaderno mientras yo escribía. Decía los pasos de memoria. No pregunté nada más de R.

Entre el paso 2 y el paso 3 hice dos hips. Miga, dos llamaradas, y la cocina se encendió dos veces como un flash. Nadie dijo nada; a esas alturas, Miga y yo éramos la iluminación de la casa. Trueno, debajo de la mesa, escuchaba como si los pasos fueran para él.



Flora abrió la puerta de cristal del invernadero y entró la primera. Miga iba pegada a mis botas. O eso creía yo.

El invernadero está pegado a la cocina. Es largo y estrecho, con estanterías de macetas en las paredes y, en el medio, el bancal, una mesa larga llena de tierra, con más macetas debajo. De día debe de ser un sitio verde y tranquilo. De noche, con tormenta, el techo entero se ponía blanco a cada relámpago.

En el techo hay una ventana que no se abre nunca. Flora giró su manivela: la ventana siguió cerrada, pero las gotas pintadas dejaron de subir y empezaron a bajar por el cristal. Entonces la lluvia de verdad lo atravesó y cayó sobre la tierra del bancal.

—Toda al bancal. Ni una gota al suelo —ordenó Flora, como si la lluvia fuera suya.

Enseguida olió a tierra recién regada.

Estos cristales solo existen en el cuento. En una tormenta real, nada de invernaderos. Mira la última página. —].

—Tierra mojada de tormenta —dijo Flora—. Ahora, todo a oscuras. Y deprisa.



Julita se había quedado en la puerta con el frasco entre las manos. Había cambiado el picaporte por el frasco, y lo apretaba igual.

Entonces se oyó un ruido de macetas que chocan, y debajo del bancal, al fondo, aparecieron dos ojos amarillos, dos alas temblando y, cada tres segundos, una llamita. Hip. Miga ya estaba dentro: se había colado entre los pies de Flora al abrir la puerta.

Flora tiró de ella con cuidado. Miga se agarró a las macetas con las cuatro patas.

Una cría de dragón agarrada a dos macetas pesa, de pronto, lo que pesan dos macetas, y Flora, que arranca las malas hierbas sin pedirles permiso, la soltó y se quedó de rodillas, mirándola.

Vera lo avisó. Yo lo oí. Tú estabas sacando pecho. —].

Y cada vez que yo hacía hip en la cocina, en el invernadero se encendía Miga: al otro lado de la puerta, las macetas se iluminaban desde abajo. Hip: resplandor. Hip: resplandor. Como la luz de la nevera, solo que la puerta era yo y no sabía cerrarme.

En la cocina, el hip ayudaba: llamarada, semilla quieta, semilla atrapada. Allí impedía plantarlas. Con una llamarada cada tres segundos nunca estaba oscuro el tiempo suficiente. Entre el trueno y Miga, con un colador, estaba yo.

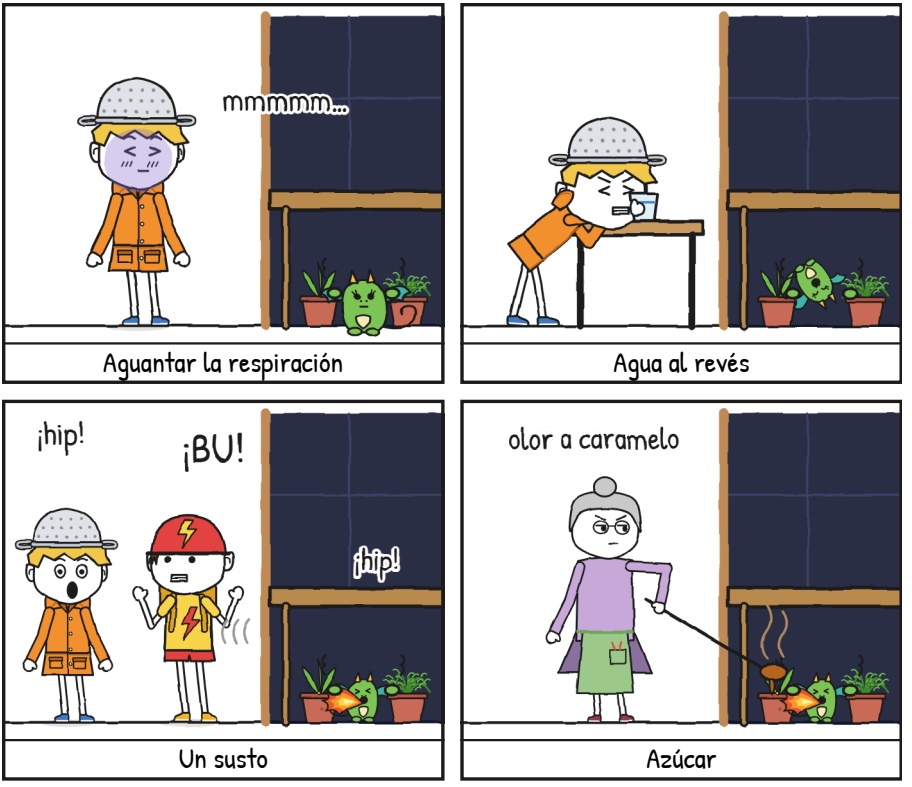
Lo dibujé para entenderlo.



Hay que romper la cadena. El eslabón más fácil eres tú. Con cariño. —J.

Probamos todos los remedios para el hipo, con Miga de ayudante: ella copiaba el remedio y, de propina, el hip.

Aguantar la respiración: yo me puse morado y ella, más verde. Beber agua al revés: acabé con agua en la nariz. El susto corrió a cargo de Toño, que gritó «¡BU!» sin avisar: el susto me lo llevé, el hip lo hice igual, y la llamarada de Miga le chamuscó el rayo del casco. Lo último fue una cucharada de azúcar, idea de Flora: la de Miga se hizo caramelo antes de llegar a su boca, y el invernadero olió a feria un buen rato.



—Cuatro elefantes. Cinco.

El trueno sonó. Apreté los dientes. Hip.

—Ese rayo cayó más lejos —dijo Julita.

Las siete semillas daban vueltas dentro del frasco. Ni ellas encontraban la salida ni yo encontraba la forma de callarme.

—Hasta diez —dije—. Todavía podemos.

Al relámpago siguiente, Toño empezó a contar deprisa.

—Así no vale —dijo Julita.

Él cerró la boca. Flora esperaba con la linterna apagada. No me dijo que me diera prisa. Eso fue casi peor.

—Miga copia tu miedo —dijo Julita.

—Pues que copie otra cosa —dije.

Hip. Llamarada.

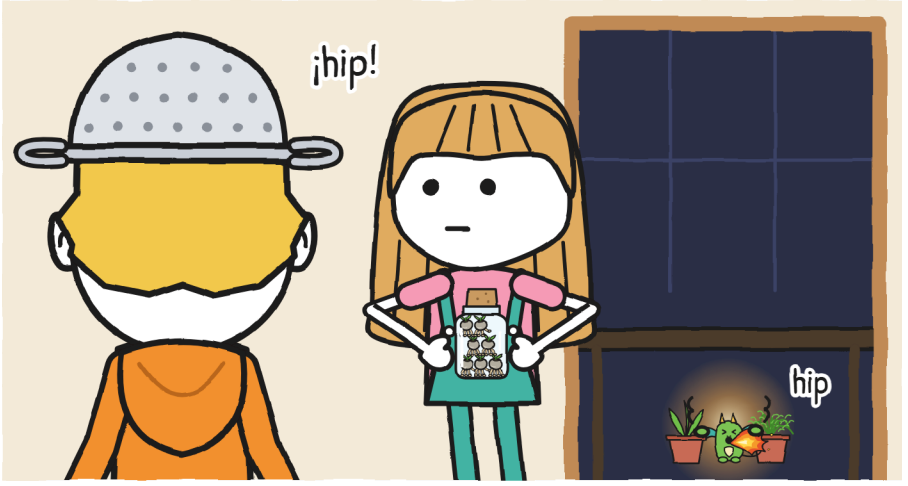
—¿Y si la sacamos a la cocina? —pregunté.

—Se agarra. Ya lo has visto.

Miré la puerta del invernadero. Me parecía mucho más lejos que antes.

Julita bajó la voz.

—Primero, quédate con ella.



Yo tenía un plan. Lo malo era que no servía para eso.

Mi plan para que no se note que me dan miedo los truenos:

1. Decir que me encantan.
2. No hacer hip.
3. ???

El punto 2 lo taché esa noche a base de hips, hasta que no se leyó. El punto 1 seguía en pie, pero ya no se lo creía nadie, ni yo.

¿Y el 3? —J.

Lo intenté. De verdad.

Me acerqué al umbral. Julita se apartó con el frasco para dejarme sitio. Nadie me empujó.

Puse un pie dentro del invernadero, muy decidido, con el colador puesto y una mano en el marco de la puerta. El pie entró bien. Entró como entra un pie en la piscina en mayo: el pie, sí; el resto, ya veremos.

Un relámpago blanqueó el techo entero. Conté sin querer: cinco elefantes.

¡BRRRMM!

Los cristales encantados no paraban el ruido. El techo entero sonó como un tambor. ¡HIP! Debajo del bancal: ¡HIP!, y una llamarada.

Lo siguiente que sé es que estaba otra vez en la cocina, pegado a la nevera, con el colador hasta las cejas. No recuerdo

haber andado. Mis pies, como mis manos, tienen sus propias costumbres.

Me quedé contra la nevera, con las manos frías y el corazón en las orejas. A dos dedos de mi cabeza estaba la foto del paseo: una fila de lucecitas que, de momento, estaba apagando yo a hips.



Desde la puerta miré hacia arriba, por el techo de cristal. Y entre relámpago y relámpago, los vi: los dragones de Vera, volando dentro de la tormenta.

Eran cuatro. Tres, enormes, azul, naranja y violeta, cruzando entre los rayos como si los rayos fueran las luces de una pista; y, entre ellos, un cuarto, rojo, más pequeño. Volaban muy por encima del tejado, dentro de la tormenta, donde más truena, y no se les veía ninguna prisa. Un relámpago los dibujaba enteros, blancos, con cada escama; luego se apagaba, y se notaba que seguían allí porque la lluvia del techo se partía en sombras.

Por eso Vera no había venido con nosotros: con tormenta salen a volar, y ella se queda en casa, pendiente de ellos hasta que vuelven. Miré a los dragones y después al bancal. Miga algún día volaría con ellos. Esa noche estaba hecha una bola entre las macetas, copiándome a mí.

Ellos no hacían hip.



—Vamos, cazador —dijo Toño.

Esperé la broma. No vino. Toño me puso una mano en el hombro.

Me quité el colador y se lo di a Flora.

Flora lo sostuvo por las asas como un casco de verdad. Me pasé la mano por el pelo aplastado. Tenía la cabeza igual de pesada.

Y entré.

Dentro, la lluvia sonaba como mil dedos tamborileando a la vez. Me metí a gatas debajo del bancal. Miga estaba allí, hecha una bola, temblando igual que yo.

Olía a tierra mojada. Me agaché a su lado y me abracé las rodillas. Yo temblaba desde la tripa; ella, desde las alas. Entre los dos hacíamos vibrar las macetas.

Intenté contar. «Un elefante, hip, dos ele..., hip». Los hips se metían entre los elefantes. Perdí la cuenta.

Pensé en salir. Mis piernas ya habían empezado.

Miga apretó las macetas con las cuatro patas.

Me quedé.

¡BRRRMM! Hice hip. Miga hizo hip. La llamarada nos iluminó a los dos.

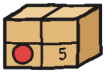
Tenía mi misma cara. Con escamas.

Éramos dos cazadores de tormentas debajo de un bancal.

Entonces, desde la puerta, Julita habló bajito, sin reírse:



—Cuenta conmigo.



CAPÍTULO 5

Cuenta conmigo

Y contamos. Ella desde la puerta y yo debajo del bancal, en cuclillas, con Miga temblando contra mi chubasquero.

Relámpago.

—Un elefante. Dos elefantes. Tres. Cuatro. Cinco. Seis.

Brrrmm.

—Seis: unos dos kilómetros —dijo Julita—. Ese rayo cayó más lejos. Seguimos a cubierto.

Esta vez sabía que el trueno había llegado en el seis. Sin contar, habría sido un trueno más. Contar me había dado algo que hacer mientras esperaba.

Miga seguía temblando contra mi chubasquero.

Ya había probado el colador. Y el agua. Y salir del invernadero. Y entrar otra vez.



—Me dan miedo los truenos.

Lo dije hacia las macetas. Julita me oyó igual.

—Ya lo sé. Lo dibujaste esta mañana, cuando dijiste que eras cazador de tormentas. Te estaba esperando.

Julita ya me había dicho que Miga copiaba mi miedo. Yo había buscado otra cosa que arreglar: el hipo, las macetas, la puerta.

Esta vez no dije «pero».

No le di las gracias en voz alta. Se las dejo aquí.

Leído. De nada. —J.

—A mí me dan miedo los gatos —dijo Toño.

Trueno dormía en sus rodillas. Toño no movió las manos.

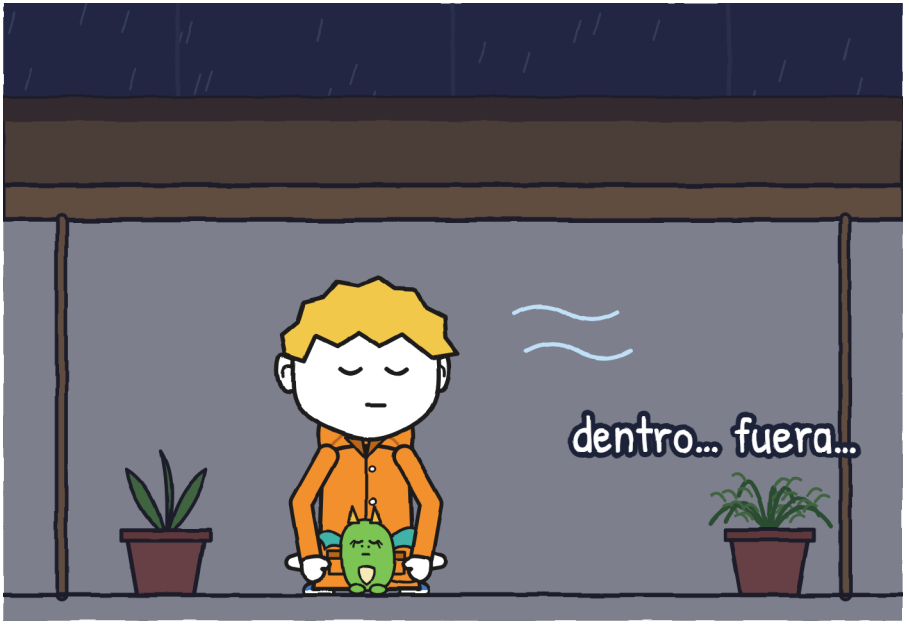
—Y a mí, esperar algo que no llega —dijo Flora—. Por eso abría el frasco enseguida.

Y a mí, las pasarelas. Eso ya lo sabíais. —].

Nadie se rio.

Fuera seguía lloviendo igual. Miga seguía contra mi chubasquero. Debajo del bancal ya no estaba solo.

Respiré despacio, como en la pasarela. Dentro. Fuera. Miga respiró conmigo. Cuando dejó de temblar, a mí también se me aflojaron un poco las manos.



Relámpago. Contamos juntos hasta nueve. Brrrmm. Toño, desde la silla, hizo «unodostrés» en voz baja y se quedó en el tres, donde se queda siempre. Trueno ni se despertó.

Y no hice hip. Ni con ese trueno ni con el siguiente.

Esperé el hip y no llegó. Miga ladeó la cabeza. Por primera vez en toda la noche, el invernadero estuvo oscuro el rato que hacía falta.

—¡Ahora! —susurró Flora.

Julita entró de puntillas, a oscuras. Desde debajo del bancal, agachado, oí pasar sus zapatillas por delante de mí, despacio, una delante de la otra, como si el suelo del invernadero fuera una pasarela. Puso el frasco encima de la tierra mojada y lo destapó. El tapón hizo un plop pequeño, de los que piden perdón; nada que ver con el ¡PLOP! de la cocina. Luego volvió a la puerta sin hacer ruido, sin correr, con el pie quieto.

Esta vez el frasco lo abrí a tiempo. Que conste. —J.

Tic, tic, tic. A oscuras, algo salía del frasco.

No se veía nada: se oía. Siete ruiditos de patas de raíz bajando por el cristal y pisando tierra mojada, un tic por cada una, un poco más despacio que la lluvia. Creo que es el ruido más pequeño que he oído en mi vida, y nunca he escuchado nada con tanta atención, ni siquiera la cáscara del huevo de Miga al romperse hace dos sábados.

Relámpago, muy lejos. Contamos sin voz, solo con los labios, Julita en la puerta y yo debajo del bancal: un elefante, dos, tres... siete elefantes, ocho, nueve, diez... Brrrmm.

Diez. Un elefante más y las siete se habrían dormido sobre la tierra hasta la próxima tormenta. Diez era el último que valía.

Con el relámpago siguiente lo vimos:

El frasco estaba vacío, tumbado en una punta del bancal. En la tierra había siete agujeritos en fila, como los de una flauta, y en el último asomaba todavía una patita de raíz que terminaba de meterse: la última.



Después volvió a estar oscuro, y con el relámpago siguiente la patita ya no estaba.

Luego, un rato de nada. Solo nosotros, a oscuras, mirando un bancal de tierra.

Flora tenía las manos juntas delante de la boca. Toño no se movía, por el gato. Julita, por una vez, tampoco. Miga y yo respirábamos al mismo tiempo.

Y entonces se encendió la primera.

Fue una lucecita en medio del bancal, verde y dorada, del tamaño de la llama de una vela, y salía de la tierra. Creció. Subió por un tallo fino, como sube el zumo por una pajita, y arriba se abrió una flor redonda y cerrada, de papel fino, con la luz dentro. Luego se encendió la segunda. Luego ya no pude contarlas por orden, porque se encendieron las que faltaban casi a la vez, como las farolas de una calle cuando se hace de noche.

Siete farolillos. Cada uno con un trocito de relámpago dentro.

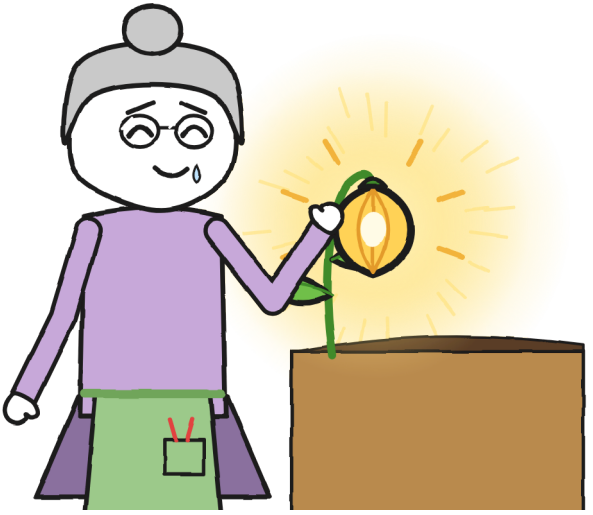
No era luz de relámpago. Un relámpago te pone blanco el invernadero entero durante nada y te deja peor que antes. Esta era amarilla, con algo de verde, y se quedaba: un relámpago quieto, uno que había aprendido a esperar. Alumbraba lo justo: la tierra, los tallos, las caras. Flora, con las manos en la cabeza. Julita, con la boca abierta y nada dentro que decir. Toño, con Trueno en brazos, sin saber cómo había llegado el gato hasta allí. Y Miga y yo, recién salidos de debajo del bancal. Miga miraba con la boca abierta, igual que yo. Ya no me copiaba el miedo. Me copiaba esto.

Lejos, muy lejos, volvió a tronar. Julita contó por costumbre, en voz baja, y se le perdió el número por el camino.



Flora no dijo nada durante mucho rato. Luego tocó una de las flores con la punta del dedo, despacio, como se toca algo que llevaba mucho tiempo esperándote.

—Así era el paseo —dijo.



Lo dijo hacia la flor. En la foto de la nevera había una luz como aquella, y otra, y otra, hasta la pasarela.

A Flora se le empañaron las gafas. No voy a escribir que lloró. Lo dibujo, que no es lo mismo: Flora no es de las que lloran, es de las que riegan.

Yo también toqué uno. Miga también, con una pata, con mucho cuidado. Estaba tibio, como la piedra solar del nido de Miga, que guarda el calor del día. Esta guardaba otra cosa, y la

guardaba igual de bien. Los helechos de Flora, por cierto, seguían enteros.

Flora giró la manivela. Las gotas pintadas volvieron a subir y dejó de llover sobre el bancal. Luego, allí mismo, entre los farolillos, sacó un bolígrafo para firmar.

Era azul. Ni me dio tiempo a mirar si se borraba o no, porque Julita ya tenía la mano encima.

—Todavía no —dijo Julita, y le paró la mano—. Falta una. La octava. Se fue por mi culpa: abrí el frasco antes de tiempo.



Julita llevaba todo el día esperando esa firma. Acababa de detenerla con dos dedos.

Flora se quedó con el bolígrafo en el aire. Después lo guardó.

—Vale —dijo.

Volvimos a la cocina de uno en uno, con los siete farolillos encendidos tras el cristal. Ya en la cocina, Flora se plantó delante de nosotros:

—El patio sigue cerrado. Aún no vamos a salir.

Nadie discutió.

Julita despegó la etiqueta de la caja, despacio, para no romperla, y se la guardó en el bolsillo del peto, como quien se guarda una llave.

Si se entrega, se entrega entero. —J.

Esperamos en la cocina hasta que Julita se quedó sin relámpagos que contar.

Doce elefantes. Dieciséis. Veintiuno, y un trueno que ya no era un trueno, sino un ruido de mueble arrastrado dos pisos más arriba. Después el cielo se encendió una última vez por detrás de las nubes, y Julita contó hasta que se le acabaron los elefantes y no vino nada. Dejó de llover en la ventana. La tormenta se había ido. Aun así, Flora nos tuvo dentro media hora más, contada desde el último trueno. Era la regla de Julita, y esa vez le tocó cumplirla a ella, con los dientes apretados.

Flora abrió la puerta de atrás. El patio estaba mojado y quieto, con las losas brillando, y entre las nubes había estrellas, pocas, de las que salen a mirar qué ha pasado. Julita se quedó en el umbral, y yo a su lado.

La octava seguía ahí fuera. Desde casa de Flora no se veía la pasarela: la tapaba el muro del paseo. Si no había encontrado tierra a tiempo, ya sería una piedra más. Pensé en la lluvia bajando hacia el canal y dejé de mirar el agua.

Y quedaba el plazo de siempre: sin la firma de Flora, al amanecer el n.º 2 volvería volando a su estantería. Teníamos hasta que saliera el sol.

—Vamos a buscarla —dijo Julita.

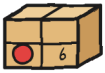
Julita tenía otra vez la mano en el picaporte. Ahora la puerta estaba abierta.



Flora miró la noche un rato largo. Luego dio tres golpes en la tapia del patio, la pared de la Casa de los Dragones, como había dicho Vera. Toc, toc, toc. Con los nudillos, sin prisa.

Por encima de la tapia, al otro lado, se encendió la luz de un farol.

—Esta vez —dijo— no vais solos.



CAPÍTULO 6

La octava

Salimos con dos adultas, un farol y una bici. Antes, Flora llamó a mi casa y a la de Julita: «Se los devuelvo esta noche, y no van solos».

Fue la primera salida de mi vida que se hizo con lista:

- Vera, con su farol.
- Flora, con la linterna.
- Toño, con la bici, empujándola para que la dinamo diera luz.
- Julita, con el frasco vacío y la etiqueta en el bolsillo del peto.
- Y yo, con Miga dentro del chubasquero, con la cabeza fuera.

Vera llegó por la calle un minuto después de los golpes, con el pelo rojo húmedo y el farol en alto. Se puso delante de nosotros sin preguntar quién había perdido qué.

Miga y yo ya no temblábamos.



Buscamos por el patio, por el caminito, por el borde del canal.

Flora revisó las losas con la linterna. Toño recorrió el bordillo empujando la bici. Julita tocó las piedras del paseo por si alguna estaba tibia. Miga y yo miramos debajo de cada mata. Nada.

Una semilla dormida, de noche, es una piedra más. Y un paseo tiene muchísimas piedras: lo descubrí esa noche, de rodillas, al lado de Julita. Todas tenían pinta de semilla dormida. Ninguna lo era.

Toño buscó como reparte: todo el paseo en diez minutos, de ida y de vuelta, y luego otra vez.

La luz del farol llenaba de reflejos las piedras mojadas. Entonces lo pensé: un farolillo recién brotado brillaría poco. Estábamos buscando una lucecita con nuestras tres luces encendidas: se la comían.

—¡Apagadlo todo! —dije.

Nadie preguntó por qué. Toño frenó en seco, y la luz de la bici se apagó (RAYO no se para nunca). Vera bajó la llama del farol hasta que se quedó en nada. Flora apagó la linterna. Durante un momento no hubo ninguna luz en todo el paseo.

Y en la oscuridad, al fondo del paseo, se vio una lucecita.

Estaba al pie de la pasarela.

Julita echó a andar hacia ella. Los demás fuimos detrás.

La lluvia la había arrastrado por el caminito hasta el paseo, y se había quedado en una grieta entre dos piedras, una de esas donde siempre hay un dedo de tierra y una hierba que nadie ha

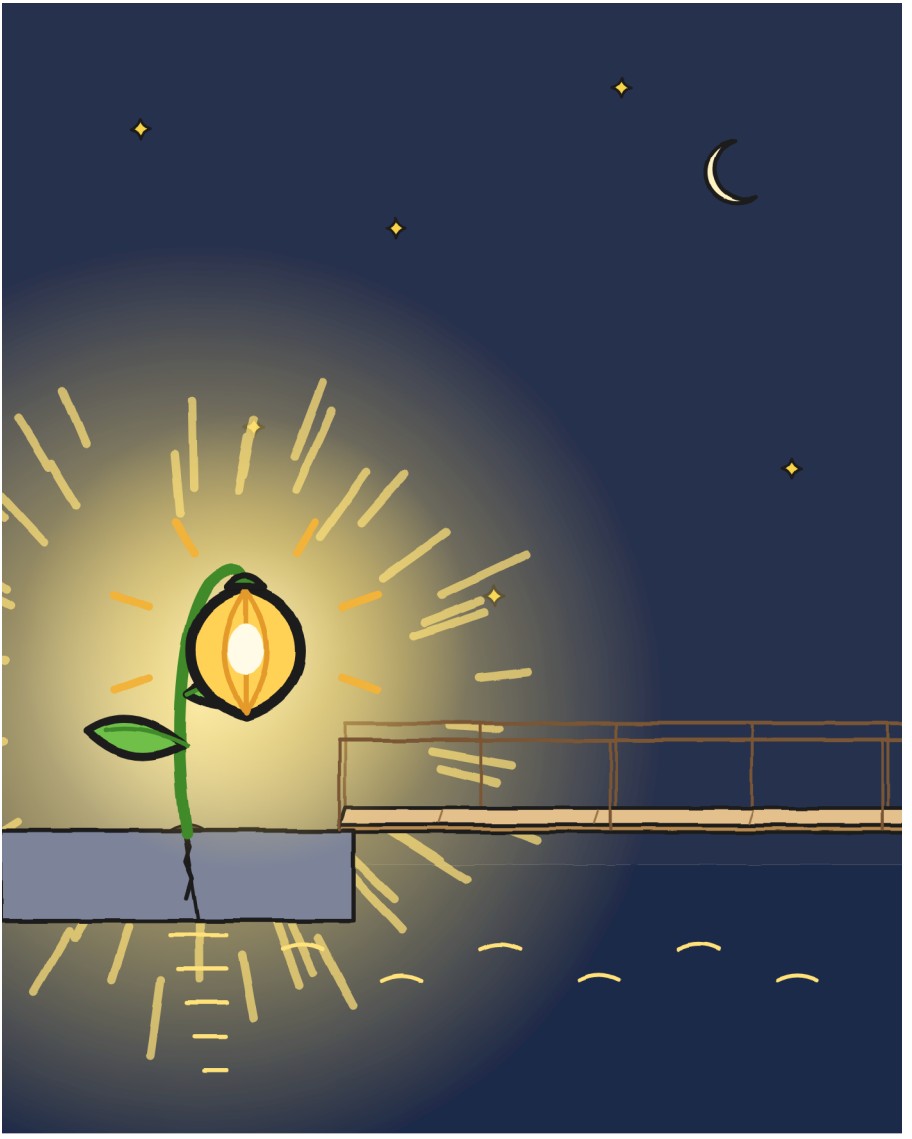
plantado. Allí se había plantado ella sola. De lejos, una lucecita. De cerca, lo alumbraba todo.



Tenía el tallo torcido y la misma luz que los siete del invernadero. Iluminaba el principio de la pasarela y un trocito de agua.

Julita miró la pasarela. Con luz parecía otra: más corta, más ancha, más de madera que de agua. Esta vez se veía dónde acababa.

Puso un pie en la tabla. Solo uno. Luego lo quitó. No fue un paso, fue una prueba, pero el pie se quedó un momento bien plantado, con la luz de la octava debajo, y nadie dijo nada. Yo no dije «paso»: esta vez ella veía el camino.



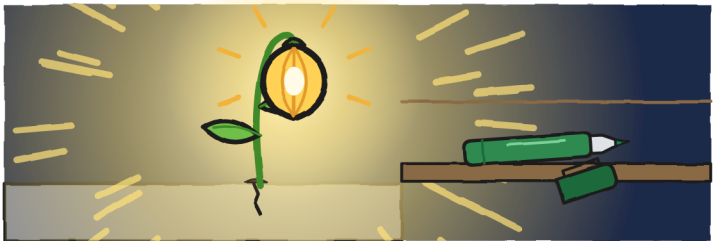
De lejos ya no me da miedo. De cerca, casi tampoco. —J.

—Esa se queda aquí —dijo Flora—. Ha elegido sitio.

Julita sacó la etiqueta y su rotulador verde. Flora la apoyó en el borde de la pasarela y firmó a la luz de la octava.

Sobre los veintitrés sellos de DEVUELTO quedó escrito, en verde: ENTREGADO · Flora.





Al despedirnos, en su puerta, Flora me dio su colador.

—Quédatelo. Para la próxima tormenta.

Luego añadió:

—Dile a Mara que ya era hora.

Me lo tendió por las asas, como un casco de verdad. No dijo «si hay otra tormenta»: dijo «la próxima», como se dice el próximo sábado. Ahora cuelga del pomo de la ventana de mi cuarto, encima de las cajas, que siguen cerradas. Es lo primero de ese cuarto que no venía en ninguna.

Del recado no pude preguntar nada: Flora cerró la puerta antes de que me diera tiempo. La ficha de R. quedó así:



6. Nadie dice su nombre. Eso también es una pista. —J.

Vera dejó a Miga en su nido, dormida antes de llegar, encima de mi jersey de rayas, que sigue allí desde hace dos sábados y ya huele más a ella que a mí. «Su primera tormenta», dijo, y la tapó hasta la barbilla. Dormía con la boca un poco abierta, igual que

yo, según mi madre. De la tormenta no se va a acordar. Para eso tiene este cuaderno.

Luego nos llevó a la tienda en su furgoneta, con la bici de Toño tumbada atrás, por el puente de la carretera: el Puente Mayor ya estaba levantado. Julita se sentó junto a la ventanilla del canal y miró el agua de frente durante todo el puente: buscaba una cosa. Y se veía. Al fondo del todo, al pie de la pasarela, pequeñísima, había una luz. Una. En un canal que llevaba años sin ninguna.

La tienda estaba a oscuras. No solo sin luz: a oscuras del todo, hasta el cartel; lo poco que se veía era por la farola de la calle. Vera nos dejó en la puerta y se volvió con sus dragones, que después de una tormenta, dijo, tardan en dormirse. Mara no estaba en el mostrador.

Estaba debajo.

Nos asomamos los tres por encima del mostrador, Julita, Toño y yo, en fila, con las barbillas apoyadas en la madera, y allí abajo, en el hueco, estaba Mara: envuelta en una manta hasta el cuello, con las orejeras puestas y un cazo en la cabeza, y el sombrero encima del cazo, porque Mara no se quita el sombrero ni para esto. Abrazaba la rana de goma. Mi rana. La que no era de nadie. Ya sé para qué la quería Mara.

—¿Ya ha pasado? —preguntó.

Conocía aquella voz. Era la mía cuando hablaba desde debajo de la cama.

—Hace un buen rato —dijo Julita.

Mara seguía allí: manta, orejeras y cazo.

Había llevado el paquete veintitrés veces. Ninguna con tormenta.

Aquella mañana ya lo tenía todo preparado al final del mostrador: la manta, las orejeras, el cazo. Yo lo había visto, y me había quedado mirando el paquete.

«Cosas que hacer aquí». Ya. —J.

Le di el recado de Flora.

Mara no preguntó qué Flora, ni qué hora, ni hora de qué. Se bajó el cazo hasta las cejas, lo más parecido a ponerse colorada que se puede hacer con un cazo puesto, y debajo me pareció ver una sonrisa de las que ya no usa, la de la foto vieja de las dos brujas jóvenes, la de la pegatina, que cuelga detrás del mostrador. Mara y Flora se conocen, y no solo de veintitrés entregas. No sé de qué; va a la lista de preguntas para otro sábado, que ya va por la segunda página.

—A mí también me dan miedo los truenos —le dije.

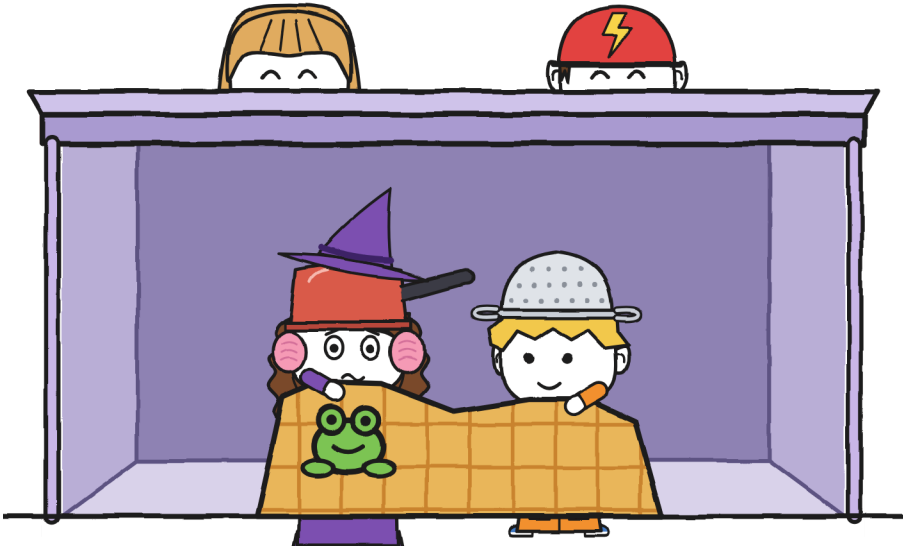
La primera vez, debajo del bancal, me había costado una tormenta entera. La segunda me salió sola, como un hip.

Mara no dijo nada. Levantó la manta.

Me puse el colador, que no había soltado desde la puerta de Flora. Para eso me lo habían dado. Y me metí debajo del mostrador con ella.

Cabíamos.

Mara tenía el cazo; yo, el colador. Ella seguía abrazando la rana. Por encima del mostrador asomaban Julita y Toño. Ninguno se reía.



Estuvimos así hasta que a Mara se le pasó, o hasta que se me durmió un pie, que viene a ser lo mismo. Cuando salió, encendió la luz, y Julita dejó la etiqueta encima del mostrador, junto al sello: veintitrés DEVUELTO y, encima, ENTREGADO · Flora. Mara la leyó sin tocarla, mucho rato, como había leído la del n.º 1. Luego miró el final del mostrador, donde ya no había manta, y fue a buscar una caja.

Le puso a Toño una caja de reparto boca abajo, junto a los taburetes.

—De momento —dijo.

«De momento», en Mara, podía durar bastante.

Toño se sentó. La caja era tan baja que casi se tocaba la barbilla con las rodillas. Se quedó.

Julita le pasó el rotulador verde.

En la mochila, después de «salvo tormenta», Toño añadió dos palabras:

«y gatos».



Ahora la letra pequeña dice la verdad. —].

Después Julita se subió a mi taburete azul, el más cercano a la pared, tachó el 19 del cartel y escribió al lado un 18, más grande, con ganas de tacharlo también.



He arreglado mi plan. Para los truenos:

1. Contar elefantes.
2. Con alguien.
3. Si hago hip, no pasa nada.

Y no decir que eres cazador de nada. —].

Estábamos cerrando cuando sonó una campanilla.

Tilín.

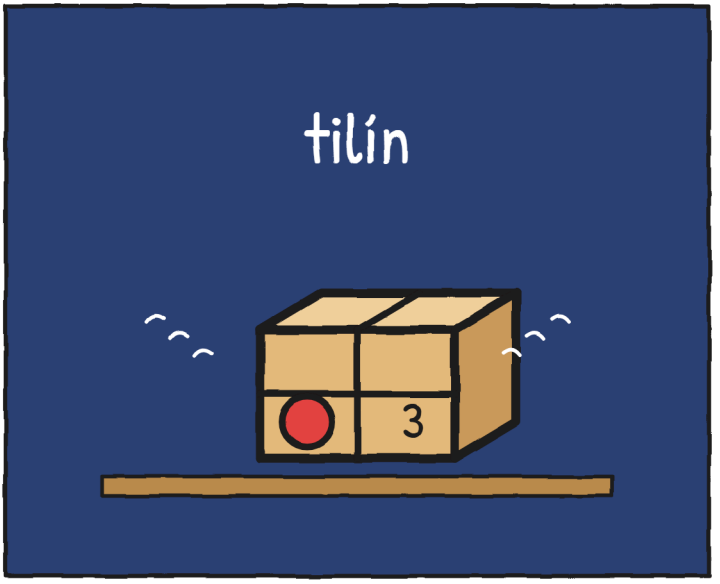
No venía de la puerta. Venía de la estantería de los devueltos: el n.º 3, junto a los dos huecos.

Me acerqué a leer la etiqueta.

N.º 3 · PARA TOÑITO.

Toño se puso del color de su casco.





¿Quién le manda paquetes a Toño? —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

(muy pronto)

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Este libro existe en seis tallas, de 3 a 16 años, y en más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L cuentan la historia página a página, con los mismos dibujos y cada vez más matices. La XL es la novela: la misma historia, con sitio para todo lo que Guni piensa y no dice.

Niveles del MCER orientativos: XXS, pre-A1 · XS, A1 · S, A2 · M, B1 · L, B2 · XL, B2–C1.

Cada uno en su talla. Misma tormenta. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com (con las actividades de la talla L)

TORMENTA DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Si oyes un trueno, aunque sea lejos, entra en casa: el rayo ya puede llegar hasta ti.
2. Dentro, con una persona adulta, lejos de ventanas, puertas y cristales. Nada de invernaderos, puentes, árboles ni agua.
3. No salgas hasta media hora después del último trueno.
4. Contar elefantes sirve para saber si un rayo cayó cerca o lejos, y para calmarte. No sirve para saber cuándo salir.

CUENTA TU TORMENTA

Desde dentro de casa: cuenta elefantes entre el relámpago y el trueno.

Relámpago	Elefantes	Kilómetros (1 cada 3, aprox.)	Ese rayo, ¿más cerca o más lejos?
1	15	5	–
2	9	3	más cerca

¿Te da hipo con los truenos? Cuenta elefantes. Y cuenta con alguien. –].